

EL RESTAURADOR

DIARIO DE PROPAGANDA CATÓLICO-SOCIAL Y DE AVISOS

Año III

Precio de suscripción
Una peseta al mes en toda España.
Número suelto 5 céntimos.

CON CENSURA ECLESIASTICA

Tortosa--Miércoles 7 de Diciembre de 1910

Redacción y Administración, Cambios, 8

Núm. 718



MADRE QUERIDA: En el día más solemne de tus misterios, recordando el privilegio singularísimo de tu Concepción Inmaculada con la cual triunfaste por completo de las asechanzas de la infernal serpiente, acudimos á Ti para cobijarnos bajo tu azulado manto, y gozar en tu seno virginal de tus maternales ternezas.

Otras veces podría conducirnos á Ti, además de tu cariño, la necesidad que de tu protección sentimos, y el pensar que son poderoso medio de excitar tu maternal cariño las miserias de tus hijos.

Hoy nos sentimos llevados por un impulso más grato. Nos acercamos á Ti engalanados con los méritos de tus hijos predilectos, los religiosos.

Cuando la impiedad les ultraja, y persigue y afea su buen nombre, nosotros les pedimos prestadas su pluma y su inspiración para obsequiarle, y unimos nuestra plegaria insípida á los arrullos amorosos de la suya, ferviente y perfumada con las virtudes que más te seducen y enamoran, para atraer tu bendición de Madre sobre el éxito de nuestros rudos trabajos.

Con ella nos sentiremos más alentados en la gloriosa, pero pesada tarea de incesantemente batallar, con todas nuestras fuerzas, por la defensa de tus intereses más preciados, como son los de tu divino Hijo y de tu España querida.

La serpiente infernal no cesa de armarnos asechanzas: préstanos tu esfuerzo, para quebrantar su cabeza.

LA REDACCION



EL REVERSO DE LA CONCEPCIÓN INMACULADA Y LA ACCIÓN SOCIAL

En la Concepción de María podemos distinguir dos momentos: la creación ideal y ab eterno de esta privilegiada criatura en la mente de Dios, y su producción real in tempore en el seno de su santa madre. El segundo de estos dos momentos no nos da más que un traspaso fiel y exacto de lo ideado y preconcebido en el primero.

Tanto en la Concepción ideal y eterna, como en la temporal y efectiva, de María, podemos además considerar un doble aspecto: el positivo y el negativo; la suma de perfecciones que la omnipotencia de Dios compendia en la que ha de ser su Madre y la ausencia de imperfecciones con que la distingue; aquello que se concede á María y aquello de que se la libra; la plenitud de gracia y la inmundicia de pecado.

Cuando llamemos «inmaculada» á la Concepción de María, directamente no expresamos más que el segundo de estos dos conceptos, y aun sólo en parte: la inmunidad de culpa original. La impecabilidad, ó carencia de culpa personal, constituye un nuevo y glorioso tributo de la Madre de Dios, distinto formalmente de su inmaculada Concepción, aun cuando con ella íntimamente

enlazado y procedente de una misma raíz, que es la maternidad divina.

Por ley general de Dios todo descendiente de la estirpe adamítica, por el mero hecho de ser vástago de un tronco dañado, contrae aquella habitual aversión á su fin sobrenatural, en que la sana teología coloca la esencia del pecado de origen, y aquella inclinación desordenada á las cosas sensibles, que la acompaña como la sombra al cuerpo.

Pero por un privilegio singular, en atención á los méritos de su Hijo santísimo, esta ley general no alcanza á la que ha de ser Madre del Verbo. Desde el primer instante de su ser está adherida su alma á Dios, y hacia Dios orientada y polarizada por la gracia. Desde el primer momento de su existencia la atrac-

ción hacia Dios predomina en Ella sobre toda otra atracción.

He aquí en síntesis el misterio de la Concepción inmaculada de María.

Pero este misterio tiene, digámoslo así, su reverso.

La habitual aversión á Dios como fin sobrenatural del hombre constituye la esencia del pecado de origen. El desorden de la concupiscencia constituye su efecto. Las penalidades y trabajos de la vida, y como corona de todas ellas la muerte, constituye su castigo, y juntamente un medio de expiación y de rehabilitación.

Y aunque no como castigo, ni tampoco como medio de expiación ó rehabilitación personal, María, que con respec-

to á la ley del pecado y á todo lo que podía ser estímulo al pecado tuvo privilegio de exención, no lo tuvo con respecto á la ley del trabajo penal.

Debese advertir, dice Sto. Tomás (Sum. theol. p. 3.^a q. 27, a. 3, ad. 1) que la muerte y las penalidades de la vida no inclinan de por sí al pecado... Por eso, aun cuando la Santísima Virgen... estuvo enteramente libre del fomes del pecado, no lo estuvo sin embargo de la muerte y las penalidades de la vida.

El reverso de la inmunidad original de María con respecto á todo lo que en el hombre tiene carácter de pecado ó puede ser estímulo al pecado, es la sujeción de María á las penalidades de la muerte,

En otros términos: el reverso de la

de satisfacción de la divinidad ultrajada.

En María la ley del trabajo y de la muerte no tiene una finalidad personal: tiene tan sólo una finalidad genérica. Al igual que su Santísimo Hijo, María trabaja, sufre y muere, sólo y exclusivamente... propter nos homines et propter nostram salutem.

Las consideraciones que preceden pueden servirnos para un conocimiento más profundo del importante papel que en la vida de la humanidad desempeña la ley del trabajo.

In sudore vultus tui... He aquí la palabra divina que vino á convertir la hasta entonces amena morada del hombre en ingrata y avara tierra de maldición.

ra expiación de culpas propias, sino para rescate de ajenas deudas.

Por el contrario, el espíritu de protesta contra la ley del trabajo penal, el incesante conato por sacudir su yugo, han sido la característica de las obras de la razón endiosada y de la carne indómita.

La voluntaria aceptación del trabajo-pena y la altanera recusación del mismo: he aquí el sello distintivo de los hijos de Dios y de los enemigos de Dios en los anales del mundo.

La historia nos presenta un incalculable cúmulo de monstruosidades y aberraciones, frutos legítimos del espíritu de rebelión contra el trabajo penal.

Por él fué engendrada en las naciones paganas la esclavitud, que no es sino la inicua explotación de ajenas fuerzas de trabajo, llevada hasta el extremo de despojar de todo derecho personal á uno de nuestros semejantes, con el fin de mejor asegurar su disfrute y eximirse de la ley común á toda la humanidad.

Por él fueron inspiradas las utopías comunistas de los cátaros, de los albigenses, de los patarinos ó apostólicos del sur de Francia y norte de Italia en los siglos medioevales; las de los rebautizantes de Turingia, Munich y Moravia en el siglo XVI; las de los levellers ingleses en el XVII, y los sueños igualatorios de Meslier, Morelly, Baisel, Weitling y Babeuf.

Por él nacieron los «conatos de felicidad popular» (así ingeniosamente llamadas por el anarquista Max Stirner) de Saint-Simon, Carlos Fourier y Roberto Owen.

Por él tomaron cuerpo y consistencia los peligrosos principios y doctrinas de la economía individualista, atenta ante todo y sobre todo al medro y al lucro personal, y causa á su vez de los irritantes excesos del capitalismo que hoy sublevan á las masas y ponen en conmoción la sociedad entera.

Por él, para concluir, han salido á luz el socialismo y el anarquismo, proclamando como suprema ley de evolución social la lucha de clases y santificando la propaganda por el hecho.

Agitadas en horribles convulsiones y amagadas de horrorosa conflagración se hallan hoy las sociedades.

Mucho hay que esforzarse y fatigarse para encauzar el empuje formidable de las fuerzas antagónicas que en su seno obran y reducir las á un conveniente equilibrio.

Hay que amaestrar al oprimido en el arte de hacer valer sus derechos y hay que intimar al opresor la sanción severa que ineludiblemente vengará la infracción de sus deberes.

Hay que predicar la justicia, la caridad, y la solidaridad cristiana (que las resume entrambas) á los ricos y á los desheredados.

Pero no debe descuidarse el enseñar también á todos que el hombre es un desterrado del Paraíso.

Debe incesantemente mostrárseles el reverso de la Concepción inmaculada y gloriosa de María.

La ley del trabajo penal.
FR. JOSÉ M.^a LLOVERA, C. C.
Onda, 26 Noviembre 1910.

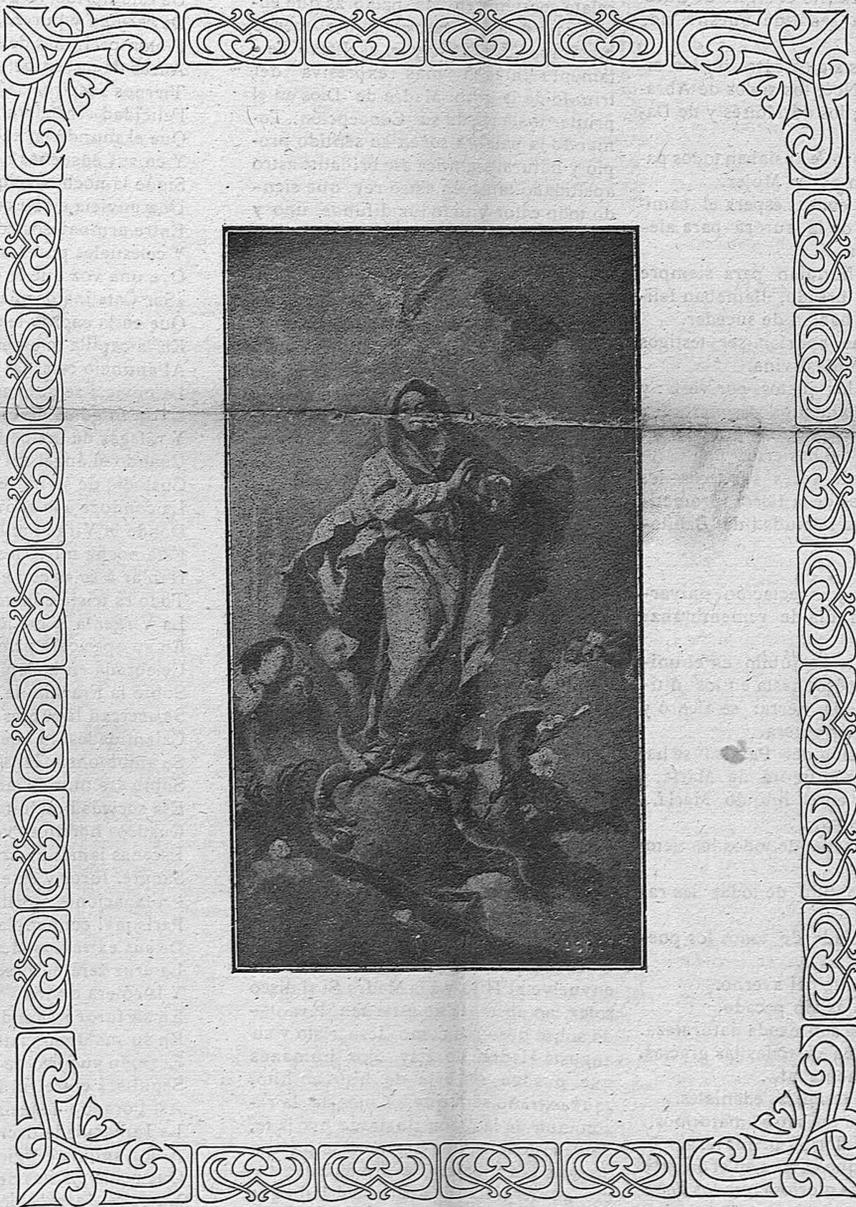


AYER Y HOY

Con religioso amor guardo escondido
Un lejano recuerdo de mi infancia,
Un recuerdo del alma, tan querido,
Que hoy todavía su gentil fragancia
Llena de paz el corazón herido.

Solitaria en un monte, y venerada
Por las gentes, alzabase una ermita
A la Reina del cielo Inmaculada:
Cuantos iban allí, Virgen bendita,
Volvían con el alma consolada.

Tú para aquellas almas que te amaban
Eras astro de paz y de ventura.
¡Con qué sencilla fe te engalanaban!
¡Qué dulces, en las tardes, resonaban!
Los cantos en tu honor por la llanura
¡Cuántas veces también yo cuando niño



ción hacia Dios predomina en Ella sobre toda otra atracción.

He aquí en síntesis el misterio de la Concepción inmaculada de María.

Pero este misterio tiene, digámoslo así, su reverso.

La habitual aversión á Dios como fin sobrenatural del hombre constituye la esencia del pecado de origen. El desorden de la concupiscencia constituye su efecto. Las penalidades y trabajos de la vida, y como corona de todas ellas la muerte, constituye su castigo, y juntamente un medio de expiación y de rehabilitación.

Y aunque no como castigo, ni tampoco como medio de expiación ó rehabilitación personal, María, que con respec-

Concepción inmaculada de María es su sujeción á la ley de la muerte y á la ley del trabajo penal.

El misterio de la Concepción inmaculada de María es un misterio de predilección, y un misterio de excepción ó privilegio en orden á los efectos y frutos de la primera caída.

Pero esta excepción, este privilegio no son íntegros y totales. Al igual que en Cristo, sufren en María nuevas excepciones. No se extienden á la inmunidad de la ley del trabajo y de la muerte.

¿Por qué motivo?
Por las relaciones de María con la humanidad entera y con la divinidad. María es un ser asociado en el plan divino al Hombre-Dios, para la obra de rehabilitación de la humanidad caída y

Desde que esta palabra sonó en el Eden, la vida humana, que tiene por preludio un sollozo de dolor y por desenlace la descomposición del sepulcro, se sustenta sólo á costa de sudores y trabajos.

Y desde que esa palabra divina sonó en el Eden, la sensualidad y la soberbia del hombre mancomunadas no han cesado de rebelarse contra ella.

El espíritu de Dios, los hombres de Dios, las obras de Dios, la han ratificado siempre. La propia Madre de Dios, el mismo Verbo humanado, á pesar de todas sus exenciones y privilegios, han vivido sujetos á la ley del trabajo, y no simplemente de un trabajo-ejercicio (cual hubiera existido aun supuesto el eterno reinado de la justicia original) sino de un trabajo-pena, aunque no pa-

Allí acudía para darte flores!
¡Hallaba en tu mirar tanto cariño!
Y en tu manto, más puro que el armiño,
¡Se acallaban tan pronto mis dolores!

Pasó la infancia. De mis dulces lares
La suerte me alejó. ¡Patria querida,
Cuánto llanto vertí, cuántos azares,
Asaltaron mi lancha, que, perdida,
Erró á merced de procelosos mares!

Pero, en las ciegas sombras, una estrella
Enviaba su fulgor á mi mirada
Y dirigía mi insegura huella:
Era tu imagen refulgente y bella,
Era tu amor ¡oh Madre Inmaculada!

Hoy que con alma, como flor, marchita
Vuelvo á la tierra que nacer me viera
Ya no te encuentro allí, Virgen bendita.
¿Dó está la Virgen de mi edad primera,
¿Dó está la Virgen de la humilde ermita?

Aquella fe, cual secular encina
Robusta y verde, y la piedad sincera
Que brillaba en el alma campesina,
Es sol que se hunde, y con su luz postrera
Tristemente las cumbres ilumina.

La España, tantas veces defensora
De tu bendita Concepción, ahora
Se ha olvidado de Ti y ¡ay! se complace
En ir tras del error. ¡Piedad, Señora,
Piedad para ella, ignora el mal que hace!

Dulce estrella de amor, una mirada,
Hacia mi patria desgraciada, envía,
Más ignorante acaso que culpada,
Aunque la ves enferma y degradada
Aún no ha muerto su pristina hidalguía.

Mírala, y surgirá de su abandono,
Y trocado en piedad su ciego encono
Inmolará á tus pies lo que hoy adora
Y arrepentida volverá á tu trono
llamándote otra vez: ¡Madre y Señora!

A. M. D. G.

H. SECONDO, S. J.

¡INMACULADA!...

(ORIENTAL)

INMACULADA?... ¡Sí; ¡Inmaculada!... se oyó por los ámbitos todos del empuje antes de que empezasen las edades. Lo había decretado en consejo la Trinidad Beatísima: así lo quería su voluntad soberana.

¡Inmaculada! dijo el Padre: porque será mi hija predilecta.
Mi hija predilecta, y la obra maestra de mi mano omnipotente.
¡Inmaculada! dijo el Verbo: Ella será mi Madre, y su seno virginal el paraíso de mis delicias.

Para hermosearla emplearé los tesoros de mi infinita sabiduría.
¡Inmaculada! dijo también el Espíritu Santo: porque será mi esposa regalada.

Como en purísima concha cuaja las perlas el mar, cuajaré yo en su purísimo seno la carne del futuro Redentor. Sí; podemos hacerlo, y parece bien que lo sea... ¡Será Inmaculada!... Así dijo el Señor desde toda la eternidad, antes de que creara las cosas en el principio.

Y luego que salieron los mundos de los abismos de la nada; cuando comenzó el vertiginoso rodar de los siglos, se oyó de nuevo la voz del Señor.

Oyóse en los jardines del Edén, regados con las primeras lágrimas; con el llanto amargo del hombre prevaricador. Y fué la voz de Jehová como ruido de muchas aguas: para que se transmitiera su eco á todas las generaciones.

Como estruendo de peñón desgajado de altísima montaña. Pero fué también voz halagadora, como de promesa; dulcisima, como de padre que perdona; consoladora, como de Señor que redime de ominosa esclavitud.

Porque, á su eco, apareció en los cielos una señal grande, una visión admirable.

La figura de una Mujer vestida del sol, calzada de la luna y coronada de doce fulgentísimas estrellas.

Y se dejó ver otro prodigio en los cielos:

Un dragón grande y bermejo, cuya cola arrastraba al abismo innumerables estrellas.

Y se puso frente á frente de la Mujer: detúvose ante Ella para mancharla con su inmundicia baba.

Y como las aguas de un torrente, así arrojó abundante de su boca la ponzoña.

Pero el Señor asistió á la Mujer: Asistióla: y abriéndose la tierra, se precipitó en sus abismos el río ponzoñoso que arrojara de su boca la serpiente.

La serpiente, que entonces se revolvió más furiosa contra la Mujer, se irguió sobre sus anillos para ponerla asechanzas.

Pero hablaba vestido ya el Señor de virtud y fortaleza; y su Verbo le sirvió de escudo.

Y ella, con su purísima planta, quebrantó la cabeza de la serpiente.

La quebrantó, como al trigo quebranta la piedra de moler.

Y triunfante y virtuosa, se adelantó hacia el trono de Dios; llegóse á él, erigida más que palmera en el desierto de Cades.

Más que los cedros del Líbano. Como ciprés en el monte Sión.

Y entonó al Señor el cántico de la victoria. Porque en su virtud y en la de su Verbo había vencido al dragón, su enemigo.

Tal fué la visión del hombre en el paraíso: la que vió el día mismo de su trágica caída.

Fijaron en ella nuestros padres sus ojos inundados de lágrimas, y esperaban con ansia su aparición sobre la tierra.

Con ansia esperaban aquel día, como espera el esclavo el día de su rescate.

Y narraron la visión á sus hijos: y contaron éstos á los suyos aquella gloriosísima victoria.

Y confesaron al Señor, y en su loor entonaron himnos de alabanza, diciendo:

«Bendigamos al Señor: porque es bueno.

»Porque es bueno y eternalmente misericordioso.

»Cuanto dista el cielo de la tierra, tanto ha sido grande con nosotros su misericordia.

»Bendito sea el Señor por los siglos de los siglos: bendito el signo de nuestra libertad y la señal de nuestra victoria.»

Y lucharon los siglos entre sí: los siglos de Adán y Noé; los siglos de Abraham y de Jacob; los de Moisés y de David.

Luchaban: porque ansiaban todos para sí la aparición de la Mujer.

La esperaban, como espera el caminante la salida de la aurora para alegrarse con su luz.

Y los que se hundían para siempre en el abismo del pasado, llamaban felices á los que les habían de suceder.

Felices: porque podrían ser testigos de aquella maravilla divina.

Y clamaban los justos por verla: y sus clamores y lamentos resonaron en las fértiles llanuras del Egipto y en las vastas soledades del desierto.

Y repitieron mil veces sus ecos los montes y collados de la tierra prometida: llegaron hasta la ciudad de Babilonia.

Y tras milenaria expectación universal, amaneció un día de remembranza eterna.

Resonó un grito de júbilo en el universo mundo: oyóse hasta en los últimos confines de la tierra: se alegró y regocijó la creación entera.

La sublime visión del Paraíso se había realizado: era la figura de María, y había aparecido en el mundo María... ¡María Inmaculada!...

La Mujer deseada de todos los tiempos.

La Mujer suspirada de todas las razas.

La Mujer ansiada de todos los pueblos.

María, triunfante del averno.

María, concebida sin pecado.

María, exaltada sobre toda naturaleza.

María, adornada de todas las gracias. María... ¡Inmaculada!...

Más pura que las auras edeniales.

Más riente que los astros matutinos.

Más bella que florida primavera.

Más radiante que aurora en el oriente.

Más santa, más gloriosa que los ángeles y santos de la gloria.

Sin mancha y llena de gracia.

¡Toda pura...! ¡Toda hermosa...! ¡Toda santa...! ¡Toda bella...!

MARIÓFILO.



MI OFRENDA Á LA INMACULADA

(ESCRITA PARA SER RECITADA POR UN NIÑO)

QUE con mis versos haré reír,
Me importa poco, no me da pena,
Papel ya tengo, la tinta es buena...
¡He de escribir!
Si lo que salga quiero leer,
Dicen que tengo mala presencia,
Voz tan escasa como mi ciencia...
¡Qué podré hacer!

Rechazar con entereza
De los sabios la opinión;
La verdadera belleza
¡Procede de la cabeza

O es hija del corazón?

Y si el corazón que siente
Por un ser vivo cariño

Habla mejor que la mente,
¿Quién dirá más elocuente

El hombre sabio ó el niño?
El niño no sabe hablar

El lenguaje del talento,
Pero siempre á su cantar

Imprime el sublime acento
Del que siente y sabe amar.

No un pecho por ser mayor
Se expresa con más primor:

Si así fuera, en poesía,
Mucho mejor cantaría

El toro que el ruiseñor.
Por ello del que se meta

A burlarse de mi empeño
Será la burla indiscreta,
Porque cabe un gran poeta

En un cuerpo muy pequeño.
Aunque en mis versos haga reír

Me importa poco, no me da pena
Tengo papel, mi pluma es buena

¡He de escribir!
Mas antes, Madre mía,

Consuelo del que llora,
Atiende al que hoy implora

Tu santa protección:
Si versos no te escribo

Tan buenos como quiero,
En cambio todo entero

Te doy el corazón.

J. B. CALATAYUD.

Mulier amicta sole et luna sub pedibus eius

HABLAR de la Inmaculada y no venirle á uno á la memoria por poco verosado que é te en las sagradas Escrituras, aquella magnífica visión que pinta San Juan en su Apocalipsis y á cuyo relato pertenecen las palabras que encabezan estas líneas, es punto menos que imposible. No hay en el Nuevo Testamento imagen más expresiva del triunfo de la gran Madre de Dios en el primer instante de su Concepción. Tomando la palabra *sol* en su sentido propio y natural significa ese brillante astro apellidado también astro-rey, que siendo todo calor y todo luz difunde uno y otra con espléndida liberalidad, lo mismo á través de las sutiles capas de la atmósfera que sobre las altivas frentes de los montes y los humildes senos de los valles y llanuras de la tierra.

Sol de Justicia, es decir de inocencia y santidad, es llamado Jesucristo en las sagradas Páginas, y ciertamente puede ser comparado con el sol, porque aquella inocencia y santidad que á El hacen santo por esencia llegan, atravesando tiempo y espacio, al corazón de todos los santos de la tierra. Pero nótese que así como entre las cumbres de los montes aquella es primera y más espléndidamente iluminada que más se levanta sobre la tierra y más hondamente esconde su frente en el cielo, así entre todas las criaturas que participan de los tesoros de gracia y de santidad que nos ganará Jesucristo, ninguna tan favorecida como su Madre bendita, ya que ninguna como Ella se acerca tanto á Dios ni ha existido antes, en el plan inefablemente concertado de sus providencias y designios.

¡Cuán expresiva es la palabra que emplea el inspirado Evangelista para revelarnos tan sublime como consolador misterio!

«Mulier amicta sole»: una Mujer, vestida, cubierta por el sol, como dando á entender que un mismo nimbo de luz envuelve al Hijo y á la Madre. Si al disco solar, no obstante no estar tan levantado sobre nosotros como Jesucristo y su augusta Madre, no hay ojos humanos que puedan mirarle de hito en hito, ¿qué extraño será que los ojos de la razón, aun de la razón ilustrada por la fe, no vean todo lo que hay en este piélago de santidad y de gracia donde están como sumergidos el honor del Hijo que exige una Madre toda pura, y la fiel correspondencia de una Madre, que copia con más perfección que inteligencia humana puede concebir las virtudes infinitas de su Hijo?

Hablando con todo rigor teológico, es un verdadero misterio lo que la Iglesia nos enseña acerca de la concepción inmaculada de María.

Los misterios no se discuten. Los misterios se reciben y se adoran; pero esta actitud de humilde acatamiento ante la manifestación de uno de esos arcanos que Dios tiene guardados en su divino pecho, no obsta para que veamos sobre la tierra que pisan vuestras plantas un rayo de luz clarísima que nos indica el camino de nuestro positivo engrandecimiento y moral regeneración, en el alejamiento de todo pecado, y en el mirar siempre fijo á través del transparente azul del cielo para encontrar á Dios que tras él se esconde, que todo esto simboliza la extática actitud de María Inmaculada.

JOSÉ CARBONELL, Sch. P.

Castellón, 28 de Noviembre de 1910.

¡Oh María! concebida sin pecado....

AUNQUE reñí con las musas,
Con las auras, con las flores,
Con los pardos ruiseñores
Para no vernos jamás;
Y con la pluma hice pacto
No escribir una octavilla,
Ni tampoco una quintilla
Ni volver á cantar más.
Hoy vengo á cantar de nuevo
Al son de mi vieja lira,
Estos versos que me inspira
La Musa del Helicón.
Ellos, Oh Virgen, te dicen
Qué es tanto lo que te quiero,
Que sin cantarte me muero
Y enloquece mi corazón.
En tu fiesta, Madre mía,
Narrar pretendo una historia
De grata y feliz memoria
Que jamás olvidaré:
La aparición esplendente,
Encantadora y hermosa
A la humilde religiosa
Catalina Labouré.

Es una noche de Julio
De mil ochocientos treinta;
Quietud y recogimiento
Sólo reina por doquiera
En la casa noviciado,
«Que en la gran París se eleva»
De las hijas de Vicente,
De esos ángeles que llevan
En su Divina misión
La caridad por bandera.
En los amplios corredores
Y en las solitarias celdas
De este florido vergel
De caridad y pureza,
Flotan perfumes del cielo,
Auras de eterna belleza,
Tiernos suspiros de amor,
Felicidad verdadera
Que el mundo en su loco afán,
Y en sus ensueños no encuentra.

Sigue la noche tranquila....
Una novicia en su celda
Entre armoniosos conciertos
Y celestiales purezas,
Oye una voz que le dice:
«Sor Catalina despierta,
Que en la capilla te aguardan,
En la capilla te esperan.
Al anuncio celestial
La novicia se despierta....
Entre fulgores divinos
Y ráfagas de luz bella,
Cuando el ángel del Señor
Custodio de su inocencia,
La conduce á la capilla
Donde la Virgen anhela
Esta noche misteriosa,
Hablar á solas con ella.
Todo es triste cuanto anuncia
La Virgen á la novicia
En su aparición primera
Celebrada en la capilla.
Sobre la Francia, le dice
Se acercan lúgubres días;
Calamidades sin cuento
Se amontonan, Hija mía,
Sobre ese mundo sin fe,
Esa sociedad maldita.
Cuadros horribles verás,
Escenas jamás descritas;
Sangre, furor y exterminio,
Profanaciones sacrílegas,
París ¡ay! contemplará
De sus extravíos víctima,
La cruz será despreciada,
Y la cólera divina

En su furor iracundo,
En su maldición fatídica,
El trono augusto de Francia
Sepultará entre ruinas....»
Así llorando de pena,
La Inmaculada decía
A la humilde religiosa
Que á sus plantas derodillas
En celeste arrobación,
Atónita y confundida
De la Virgen escuchaba
Las lúgubres profecías.

Era una tarde de invierno,
Y de París las campanas
Anunciaban á los fieles
Del Angelus la plegaria;
Cuando Labouré de miedo
En la capilla extasiada
La segunda aparición
De los cielos aguardaba.

Momento tierno y hermoso,
Solemne y encantador
Que en vano pintar pretende
Mi tosca imaginación.
Cuadro tan bello y divino
Jamás el mundo admiró,
Ni puedo jamás soñarlo
El más feliz trovador.

Ya se rasga el azul de los cielos,
Y aparacen alados querubines
Reclinados en fúlgidas nubes
A su Reina cantando loor;

Ya sus voces olímpicas suenan
Por los aires con grata armonía,
Y desciendo la Virgen María
Más hermosa y radiante que el sol.
Y posando sus plantas graciosas
Sobre esfera de fuego esplendente,
Le sonríe á la joven vidente
Que arrobada á sus plantas está:
Mientras baja sus brazos al suelo
Y sus manos despiden fulgores,
Fiel trasunto de bellos favores,
De esperanza, de júbilo y paz.

De la aparición en torno
Vestida de rosicler,
Esta plegaria dió escrita
La angelical Labouré,
Tierna, compasiva y bella,
Descendida del Edén:
«¡Oh, María! sin pecado
Concebida, orad por nos
Que recurrimos á vos.»
Y el pueblo fiel, admirado,
La repitió en alta voz.

De esta aparición hermosa
Como divina señal,
«Acuñad, dijo, amorosa,
María á la religiosa,
Una medalla especial.
Y la humanidad perdida
Que hoy resiste á mi clamor,
A mis pies vendrá rendida
Si la mira condolida
Y la lleva con amor.»
Prodigios tales obró
Esta medalla preciosa
Que apenas apareció
El mundo entero la dió
El nombre de «Milagrosa.»
Haz, Virgen Inmaculada,
Que esa tu Imagen sagrada
En mi postrera agonía
En mi pecho esté grabada
Y brille en la muerte mía.

FRAY MODESTO DE ALBOCÁKER,
Capuchino



LA DEVOCIÓN A MARIA INMACULADA Y LOS NIÑOS

MADRE de todos los cristianos, María se muestra especialmente madre de los niños, objeto de las ternuras de Jesús, niño como ellos. María se constituye su constante protectora en el seno de la familia, en donde sus infantiles é inocentes labios balbucean su nombre, al mismo tiempo que sus cándidos ojos buscan con afán su idolatrada imagen y fijan en ella miradas angelicales, que hacen sonreír á la purísima Madre del Amor Hermoso. María guía los niños á la escuela y allí preside al desarrollo de sus facultades como al de sus nacientes virtudes.

María, Madre y reina de la escuela, es, sin duda alguna, el tema, que, bajo múltiples aspectos, han tratado los educadores dignos de tan preclaro nombre. Madre dulcísima, amantísima y solícita; Madre y Virgen sin mancha, que, cual su divino hijo, se complace entre los lirios, su adorno predilecto, se inclina hacia los niños... porque le recuerdan su Jesús, que quiso ser débil como ellos y recibir de María socorro y protección.

Amadísimos niños, devotos de María Inmaculada, que su dulcísimo nombre resuene en vuestros cantos y plegarias; que su amor perdure siempre en vuestros corazones.

Para expresarles vuestra filial confianza y admiración por sus incomparables prerrogativas, desconocéis las fórmulas largas y pomposas, mas, no importa; María Inmaculada recibe vuestras Ave Marías como otras tantas rosas deshojadas á sus pies, como perlas preciosas con que coronáis su frente, más pura que la luz. No lo dudéis; María sonríe al contemplar vuestra tranquila inocencia y extiende su mano protector para defenderla. Bajó su amparo tutelar, creced, en edad, sabiduría y gracia, y María nunca os abandonará.

La Virgen Inmaculada de nuestros amores sabe á costa de cuán terribles luchas los adolescentes se preservan del vicio; por eso viene solícita á sostener en sus combates á los jovencitos que la invocan. Ella, hermosa cual la azucena, radiante más que mil soles, con la luna por peana y las estrellas por corona, es su Madre también; es su Reina... Y Reina cuyo poder es sin límites; sin fin su ternura, su hermosura incomparable. Ella rige al mundo con su amor, lo salva con su misericordia y con sus encantos cautiva á las almas que aspiran á un nobilísimo ideal.

Y cuando la juventud cristiana, débil y suplicante, clama á María cual buena

y diligente madre, se apresura á defender, levantar y consolar á cuantos reclaman su auxilio.

Lo que son las escuelas de jóvenes, en cuyo recinto la celestial hermosa de la más pura de las criaturas no ha conquistado los corazones, nos es, ¡ay! harto conocido... Al contrario, allí, donde la Virgen Inmaculada es amada y reverenciada, donde todos los corazones le pertenecen por entero, donde Ella reina, florece la virtud, se consolida el valor moral, y se realiza, gracias á su protección, este milagro de la gracia: una cantidad militante y victoriosa...

«Queréis, pues, complacer á María Inmaculada, y aseguraros su omnipotente protección? dice S. Bernardo. Guardáos muy bien de apartaros del sendero que siguió durante su vida mortal.» ¡Qué pureza angelical en sus pensamientos, qué modestia en su persona, qué piedad al pie del altar del Señor!—Todo en Ella era edificante sobre toda ponderación; edificantes eran sus conversaciones, edificante su silencio, edificantes todos sus actos; su vida no era más que una continua exhortación á la virtud.

He ahí, en grandes rasgos, el retrato de María Inmaculada; he ahí al gran modelo que debéis esforzaros en copiar. Sí, haced de hoy más todas vuestras acciones en María, por María y con María. Por amor de la Virgen de las vírgenes, guerra al orgullo, á la envidia, al respeto humano, á la mentira, al pecado en una palabra; haced también en su honor los mayores esfuerzos para extirpar ó avasallar el defecto que más sensibles derrotas os ocasione.

¡Oh Virgen Inmaculada y bendita, encanto de nuestras almas, amor de nuestros amores, ángel tutelar de los niños, amantísima y tierna madre nuestra! Mirad con ojos de misericordia á vuestros amantes hijitos, que con su inocente corazón henchido de amor hacia vuestra Concepción Inmaculada se postran al pie de vuestro altar; hijos tuyos son, bien lo sabes, Madre tierna, é hijos de tu España, que ostenta con noble orgullo el glorioso título de Nación de María Inmaculada. Dignate, Señora acoger favorablemente nuestras oraciones. En Vos ponemos todas nuestras esperanzas y alegrías y nunca seremos confundidos.

H. H.

El "Bendita sea,"

Como rendido homenaje A tu pura Concepción, Quiero en rítmico homenaje Consagrarte el corazón!...

Toda hermosa, toda pura, Eres ¡oh, Madre de Dios! Las doncellas de tí en pos Van luciendo su hermosura; Y con la gracia y ternura Que acompaña á su belleza Un himno entonan que empieza, Con armonías mezclado, Por este tema sagrado: «¡Bendita sea tu pureza!»...

Los mancebos inocentes Las saludan respetuosos; Que en sus pechos candorosos Son palomas no serpientes. Su voz umen, reverentes; Y su inocencia recrea La brisa que juguetea, Por los espacios vagando, En eco dulce sonando: «¡Y eternamente lo sea!»... ¡Madre! tu rostro no escondas, Como la aurora gracioso, Cuando del mar proceloso Se baña en las verdes ondas. Recoge esas trenzas blondas; Y que el universo vea, Cuanto el ser pura hermosea, Si la gracia que acompaña, Ni leve tizne la empañá, «¡Pues todo un Dios se recrea!»...

Cuando del fiero Satán Me oprima la tiranía En tí pondré, Madre mía, Los ojos con santo afán; Que los placeres me dan Remordimiento y tristeza; Y en prueba de mi nobleza Quiero á mi Dios imitar Y mi dicha colocar «¡En tan graciosa belleza!»...

Huérfano triste, es mi vida Pena y continuado lloro Desde que perdí un tesoro En quien fue Madre querida. Aun mana sangre la herida Que abrió el dolor con fiereza, Y á desfallecer empieza Mi pecho á fuer de buen hijo. Por esto, Madre, te elijo

«¡A tí, celestial Princesa!»...

Por tí empezaré los cantos Al compás de mi rabel Con que aduzoro la hiel De mis continuos quebrantos; Que el sólo amarte hace santos, Y es tu nombre de armonía Conjunto que me extasía; Es al que amante te invoca Más que miel dulce á la boca, «¡Virgen sagrada María!»

Si cien imperios tuviera Con que ostentar mi poder, Por bien de tí merecer A tus plantas los pusiera; Mas como prenda sincera Para tí de más valía, Mi corazón, Madre mía. Estuche de mis amores, Con sus goces y dolores «¡Te ofrezco desde este día!»...

¡Qué dicha el poderte hablar Y por Madre apellidarte Con mil trovas obsequiarte Para mi pena aliviar!.. Bendito sea el cantar De tu pura Concepción, El que me dió inspiración Para celebrar tu gloria, Consagrando mi memoria ¡Alma vsta y corazón!

Cuando en las luchas terribles De mi vida, sienta miedo, Madre, préstame denuedo Con auxilios invisibles, Y si en las redes terribles, Me prende infernal dragón, Pues loé tu Concepción Y le consagré mi acento, En tan aciago momento Miráme con compasión!...

Préstame tu valimiento, Casi al de Dios comparable, Por el amor inefable Con que El escucha tu acento, Siempre y en todo momento; Más sobre todo, María, En mí postrera agodia, Cuando luchas con la muerte Asnstadizo é inerte No me dejes, Madre mía!...

ARTURO GRAU, Scolapio. Castellón, 8-XII, 1910.

"Yo soy la Inmaculada Concepción"

CON el tema que esta página encabeza fijo en mi mente, contemplaba yo extasiado la gótica torre de la Catedral, cuya elegante silueta se destacaba sobre el cielo iluminado por la luna como sombra gigante que velara por la ciudad dormida á sus pies.

Imposible no recordar ante ella poéticas narraciones de tiempos medioevales, en que ángeles, hadas y genios construían con su mágico poder aquellas maravillas que la sencillez popular creía superiores á las fuerzas de los mortales.

El viento silbaba. Al introducirse por los calados de aquel vaporoso encaje de piedra, emitía sonidos agudos que á mí se me antojaban suspiros de almas en pena que entre las tinieblas vagasen.

Parecíame á veces ver ya rendirse aquella sutil construcción, no á su propia pesadumbre, como las torres de Itálica, sino al impulso del viento, que cruelmente la azotaba.

Pero no. Siete siglos han pasado rozándola con sus alas destructoras, y el coloso todavía de pie.

Y nada indica que haya nacido ya ni esté para nacer la generación que ha de ver su ruina.

Sonó la campana del reloj. Me descubrí y recé el Ave-María.

Esto me trajo otra vez á la memoria el pensamiento inicial, el tema de este artículo.

Relacionando ideas, comencé á pensar en otra torre singularmente grandiosa, más que aquella que estaba viendo.

Su planta apenas la mancha el polvo de la tierra: descansa sobre los montes más altos.

Es graciosa como la palma de Cades. Alta como cedro del Líbano. Tan alta, que llega á regiones á donde los vientos no llegan.

¡Se llama María! Cuando nació esta criatura privilegiada era ya gigante en la virtud.

Cuando llegó á su ocaso, mejor diré á su cénit, su santidad no cabía ya en el mundo.

Las pasiones se mostraron dóciles á su voluntad. La ignorancia y el error no fueron su patrimonio.

La muerte no la pudo vencer: la transformó vistiéndola de luz.

Preguntaba un día Moisés en el desierto de Madián, al Dios de Israel, cuál era su nombre, y desde una zarza pue ardía contestóle Jehová:

—Yo soy el que soy.

Los teólogos no han hallado todavía mejor definición de Dios.

¿Cómo te llamas? preguntó Bernadeta á la celestial aparición que vió en las márgenes del Arno, en la gruta de Lourdes.

X oyó esta respuesta: «Yo soy la Inmaculada Concepción».

Hé ahí una definición de María: hé ahí el fundamento de su santidad.

¡Inmaculada! es decir, llena de gracia ¡Inmaculada! es decir, triunfadora de la serpiente.

¡Inmaculada! es decir, única, privilegiada entre todas las criaturas.

¡Inmaculada! y por eso dotada del don de integridad.

¡Inmaculada! esto es, libre de tinieblas del error.

¡Inmaculada! y como tal exenta de la corrupción del sepulcro.

¿Qué suavemente resuena este nombre en los oídos del cristiano!

Es que el instinto de hijos nos hace adivinar que ese nombre es también el preferido por nuestra Madre.

Entre todas las criaturas, María sólo ha podido llamarse Inmaculada.

Pues ella sola pudo decir al Verbo encarnado: Hijo mío; á ella únicamente labios divinos saludaron con este dulcísimo nombre: Madre.

En ninguna criatura, fuera de María, ha servido el ideal de pureza y santidad que brillaba en la frente de la primera Eva.

Todos los demás nacemos hijos de ira, llevando la rebeldía en nuestra carne y el orgullo en nuestro espíritu.

Fuimos reyes un día y quisimos ser esclavos.

Colocó Dios sobre nuestras espaldas el manto de la gracia, y lo arrojamos de nosotros hecho jirones.

Creó Dios al hombre inmaculado, y éste se acordó que había sido hecho de cieno.

¡Qué hermoso hubiera sido el hombre si no hubiera pecado!

¡Qué armonía hubiera reinado en sus facultades!

Entonces no habría pasiones que tiranizaran su espíritu.

Entonces los fulgores de la verdad—de esa verdad que tanto anhela—esplenderían en su mente.

Entonces... seríamos semejantes á María.

Yo no sé concebir un corazón sin aspiraciones.

Ni aspiraciones sin un ideal. ¿Queréis un ideal nobilísimo? lo tenemos en María.

Ideal bastante grande para llenar la capacidad de nuestro corazón.

Ideal suficientemente asequible para que todos podamos tender á él.

Todos podemos ser semejantes todavía á la que es única entre todas las criaturas.

Cada paso en el camino de la gracia es un paso hacia María.

Cada pensamiento puro que brota en nuestra mente es un rasgo más que tenemos de común con nuestra Madre.

Y ¿en qué hora del día, ó momento de la hora, no podremos aumentar nuestra gracia ó recrearnos con pensamientos santos?

Los pintores esperan pacientemente á que la luz del sol llegue á aquel tono que ellos quieren copiar en sus cuadros

Nosotros somos más afortunados: no hay tiempo ni lugar en que no podamos copiar algún rasgo de nuestra Madre.

¿Será nuestra copia tan perfecta, que en ella se pueda reconocer el original?

AGUSTIN RODRIGUEZ.

A MARIA INMACULADA

(ODA BÍBLICO-PATRÍSTICA)

A mi estimadísimo Mn. Tomás Bellpuig, Pbro. Director de la Congregación mariana, Catedrático del Seminario de Tortosa, en testimonio de veneración y reconocimiento.

E. BAYERRI.

¿Quién, decidme oh Querubes, ¡Esta quien es que sube al alto cielo Rodeada de nubes,

1 Cantares, III-6; VI-9.

Dejando en este suelo Llanto, congojas y mortal desvelo? 2.

Es la sin par María. 3 De Angeles Reina, 4 de hombres medianera. 5 Del suelo la alegría, 6 Del cielo tesorera, 7 De toda la Creación gloria primera. 8

Hija del Padre amada, 9 Madre del Hijo virginal y pura, 10 Espesa regalada Del sacro Amor, 11: figura De la alta Trinidad, 12 Inmaculada. 13

¡Madre mía admirable! 14 Tu sacra inspiración vierte en mi mente, ¿Cómo yo deleznable, Con mi lira impotente, Celebrar tu grandeza imponderable? 15

No el regio azul del cielo 16 Se extendía de luces esmaltado, Ni la flor de este suelo Había embalsamado Con aromas el aura, el monte, el prado;

Ni rodaban brillantes Por el eterico espacio las estrellas, 17 Ni mares rebramantes 18 Rugían sus querellas Por traspasar su linde espumeantes;

Ni por la selva umbría Discurrian las aves y las fieras, Cuando, orlada María De gracias hechiceras, Gozaba en Dios delicias placenteras. 19

Del sol esplendoroso 20 Tejió su almo dosel y vestidura! El Iris luminoso 21 Adornó su cintura, Y fué la luna su escabel radioso. 22

De su excelsa hermosura Imitó su color rosada aurora, 23 La flor su galanura, 24 La mar su voz sonora, 25 Su sonreír la brisa halagadora, 25

Su mirada el lucero, 27 Y la palma gentil su talle airoso, 28 Y su hablar placentero El-querube amoroso 29 Y su aliento el aroma vaporoso. 30

¡María! En tí se encierra De hermosura el tesoro refulgente, 31 Las galas de la tierra, 32 La luz del cielo riente 33 La armonía del orbe complaciente. 34

Tú concebida fuiste Pura que el lampo más no asoleado, 35 Y virgen concebiste. 36 En tu seno sagrado A Jesús por los hombres humanado. 37

2 S. Bernardo, «Super missus esto».

3 S. Proclo, en S. Juan Damasceno «Epist. de Trisagios», Cesar Cisterciense.

4 Sto. Tomás de A-uino, «Opúsculo, 4.º»—«Salmo» XLIV-10.

5 Ricardo de San Lorenzo, «De laud. Virg.» lib. II, part. 1.ª.—S. Bruno, sobre el Salmo 105.—Pío IX, Enc. «Qui pluribus», 9 Nov. 1846.—León XIII, Enc. «Diuturnum», 29 Jun. 1881, y Enc. «Adiutricem», 5 Sept. 1895.

6 S. Metodio, S. Andrés Cretense, Sta. Brigida.

7 Bto. Jacobo de Voragine, Ricardo de San Lorenzo.

8 S. Amadeo, «Hom. 3.ª».—S. Bernardino de Sena, «Serm. de Nat. B. V.» cap. XII.—Salmo LXXXVI-1, 2.—Luc. 1-49.

9 S. Juan Damasceno, «Orat. de Nat. B. V.» S. Sabas, S. Germán.

10 S. Mateo I-16.—S. Juan II-1.—Origenes, «Hom. I. in cap. I. Matth.» San Anselmo, «De Excell. Virginitatis II».

11 S. Epifanio, «Serm. de laud. B. V.»—S. Mateo, I-18-20.

12 S. Andrés Cretense, llámala «Idea totius Trinitatis», y Alberto Magno, «Dea, quia Mater Dei.»—Eclii. XXIV-5.

13 Pío IX, Enc. «Ineffabilis Deus», 8 Diciembre 1854.—Las autoridades de los Padres que llamaron Inmaculada á la Virgen, tréelas «Passaglia», «Sylog. monumentorum»; y el «P. Benito Plaxa», S. J. «Causa Imn. Concept.» y el «P. Juan Mir S. J. «La Inmaculada». Madrid, 1905.

14 Bto. Alberto Magno, S. Bernardo, «Serm. de Nat.» B. M. V.

15 Berlenio. «Quidquid sacra recitat historia de magni sanctique nominis heroibus ac heroinis, Virginitis est encomium... cuius enodandis mysteriis omnia sudant doctorum atque devotorum ingenia, laborant manus, stuant calami, tenentur tibi.» «Lit. Lauretan.»—S. Lorenzo Justiniano: «Omnis laus eadem inferior est. Quis huius virginis gratiam sufficit enarrare?» Serm. de An-nunt. Virg.

16 Prov. VIII-22. Eclii. XXIV-5, 14.

17 Proverbios, VIII-26.

18 Proverbios VIII-29.

19 Proverbios VIII-30.

20 Apocalipsis, XII-1.

21 Apocalipsis X-1.

22 Apocalipsis XII-1.

23 S. Bernardo, abad de Cluni.

24 S. Fulberto Carnutens, Bto. Dionisio Cartujano.

25 El Cardenal Belarmino, S. J.

26 S. Lorenzo Justiniano.

27 S. Efrén siro.

28 Eclesiástico, XXIV-18.

29 S. Juan Damasceno, «Orat.» I de Nat. B. V.—Jacobo monge, llámala «Lingua & Deo vocata».

XIII. Dechado de hermosura 38 Eres Reg. el, 39. Rut tierna y candorosa, 40 La Judit fuerte y pura, 41 Prudente Ester donosa. 42 De los Cantares pudibunda Espesa, 43

XIV. Arca de la alianza, 44 Maná del cielo en gustos mil sabroso, 45 Basa en que se afianza El Templo suntuoso Del sabio Saionmo y poderoso. 46

XV. Estrella Jacobéa, 47 Nube de Elias, 48, zatz á prodigiosa, 49 Jardín do se recrea, El Amado, 50, la Rosa De Cades, 51, y sin nudo vara hermosa. 52

XVI. Vellocino escarchado De celeste rocío, 53, flor no ajada, 54 Espejo no empañado, 55 Puerta siempre cerrada, 56 La Ciudad de refugio deseada, 57

XVII. Mañana alegre y pura Brillante siempre, nunca anochecida, 58 De celestial ventura, Precursora querida, Del Sol de la Justicia bendecida, 59

XVIII. Tú alientas en tu alma Del Apóstol el fuego sobrehumano, 60 Leda agitas la palma Del mártir en tu mano, 61 Tu númen al doctor das soberano. 62

XIX. Brota de tu almo seno De la virgen el lírio perfumado, 63 De tus labios sereno Fluye el Cádul sagrado De excelsa inspiración al vate amado. 64

XX. De la ruda herejía Triunfadora saliste y victoriosa, Que cual león rugía Por su presa gezoza Unciéndola á tu carro poderosa, 65

XXI. Tu excelsa realza Celebra al sonreír fulgente Aurora, Tu virginal pureza La brisa halagadora, Y la espléndida luz que el monte dora.

XXII. Cantante las palomas Al dulce arrullo de celosos trinos, Y los suaves aromas, Los sonos argentinos, Los nocturnos rumores peregrinos, XXIII.

¡Salvel Madre adorada, Ensueño de mi amor, luz de mis ojos, Mi vida idolatrada; Mirame aquí de hinojos, Aunque ¡ay! á ofrecerte sólo abrojos.

XXIV. Dedice á tí mi alma Sentidos, corazón para quererte, De mis penas la palma, Sangre por defenderte ¡Qué feliz es por tí la misma muerte!

XXV. Tú me diste amorosa Luz en mi soledad, gozo en mi llanto, Me diste cariñosa Solaz en mi quebranto, ¡Y ahuelos de tu amor... y tu amor santo!

XXVII. Concede ¡oh Madre amada! Que el cuerpo en tanto á mi alma en cárcel cieira de gozo transportada, Cante sobre la tierra Tu virginal pureza inmaculada.

ENRIQUE BAYERRI.

38 S. Andrés Cretense, Alberto Magno, Juan Bacón, Sta. Brigida.

39 Bto. Busto.—«Gen.» XXIX-9-29; XXI-19; XXXV-17.

40 Bto. Alberto Magno; S. Buenaventura.—Libro de «Rut.»

41 S. Antonino.—«Judit.» XV-10.

42 S. Bernardino de Sena, «Serm.» III «De nom. Mariae» art. 3, cap. IV. S. Buenaventura, «Speculum.» I. 6.ª

43 Cant. IV-8.—Prov. XXI-10.

44 S. Ambrosio; Bto. Alberto Magno en «Biblia mariana».—Exodo, XXV-10; «Salmo», XLV-5; CXXXI-8.

45 San Ambrosio.—«Exod.» XVI.

46 El Idiota-Sta. Brigida.—III «Reg.» VI-7; II «Parab.» III-15; «Ageo» II-8.

47 «Num.» XXIV-17.

48 S. Juan Obispo de Jerusalén, «De inst. monach.» cap. XXXII-III. Reg. XVIII-44.

49 S. Buenaventura; Juan Tritemio.—Exodo. III-2.

50 S. Jerónimo; S. Altelmo.

51 León XIII, Enc. «Magnae», 8 Sept. 1892.

52 Tertuliano; S. Ambrosio; S. Agustín.—«Núm.» XVII-8.—«Isaias» XI-1.

53. Sto. Tomás de Villanueva. «Juices», VI-37. 40.

54 S. Efrén siro. «Cantares», II, 1.

55 Ricardo de San Lorenzo.

56 San Ambrosio.—«Exequiela», XLIV-2.

57 Ricardo de S. Lorenzo, «De laud. B. V. l. 4.»—«Deut.» XIX; «Salmo», LXXXVI-3.

58 S. Metodio. Bto. Busto, Bto. Jacobo de Voragine.

59 Inocencio III, Ruperto abad, Ricardo de S. Victor «In Cantica», cap. XXX.

60 Juan Gerson; Bto. Alberto Magno.

61 Ernesto de Praga.

62 Bto. Dionisio Cartujano.

63 S. Bernardo llámala «Vexiliferé virginum»

64 Pedro Galatino. Los Padres, así griegos como latinos llámala «epitissa» y «regina peccatorum».

65 Pío IX, Bule «Ineffabilis», 8 de Diciembre de 1854.

ENRIQUE BAYERRI.

El 'Introito' en la Misa de la Inmaculada

QUE tesoro de celestial poesía y de pensamientos y afectos santos encontrarían los católicos piadosos en la Liturgia eucarística, si se habituaron a leer, por lo menos en las fiestas, las preces de la santa Misa! Léed la de la Inmaculada y tan sólo el Introito, bien meditado y entendido, os enseñará a penetrar en el corazón de nuestra Madre la Santísima Virgen, y sorprender sus más delicados sentimientos. «Intensamente me regocijé en el Señor, y el alma mía se alegrará en mi Dios, porque me ha vestido el ropaje de la salud y me ha cubierto con el manto de la justicia, como a esposa ataviada con sus joyas.» La Iglesia pone aquí en boca de la Virgen estas palabras del capítulo 61 de Isaías, las cuales son propiamente, como interpretan los expositores, un himno eucarístico que el género humano, uniéndose sus voces en un coro sublime, entona a su Redentor, al contemplar en lontananza su bellísima figura y reconocerse deudor de su libertad.

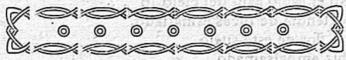
Pues si todos los redimidos prorrumpan en este grito de gratitud y de alegría, ¡cuán oportunamente comienza la Iglesia su Misa en esta festividad, haciéndolos escuchar este mismo canto de labios de aquella Señora que fué la que con mayor abundancia y excelencia participó de la redención de Cristo! Abramos los oídos de la fe, y oigamos hoy estas palabras que se repetirán en todas las partes del mundo como un eco dulcísimo del cantar que hoy entona la Reina de los Angeles en los cielos, el cual después de extasiar a los bienaventurados, va repercutiendo en todos los templos, y nos trae, como brisa de primavera, efluvios de flores celestiales y de purísima alegría. Y la letra del cantar dice así: «Intensamente me alegro en el Señor, y mi corazón se estrema de gozo en mi Dios, porque me ha vestido ropaje de salud.» Si Madre mía, razón tenéis para regocijaros, porque hoy es el aniversario de aquella aurora bendecida, en que Dios, por los méritos previstos de su Hijo, crió vuestra alma exenta de pecado y vestida de gracia. No como los otros hijos de Adán, a los cuales, como nacían despojados de la justicia original, prepámente se dice que son revestidos: en el bautismo de una vestidura de que antes carecían. Representome así esta diferencia. Labra un escultor una estatua destinada a ser cubierta de vestido sobrepuerto, y por eso el tronco lo deja sin pulir, porque luego se le añadirá el vestido. Mas si el vestido ha de labrarse en el mismo mármol, juntamente va saliendo de mano: el artífice la estatua y el ropaje. Así los hombres primero nacen sin pulir ni desbastar; y luego los reviste el Señor el vestido de la gracia; mas Vos, Señora, nacisteis ya y fuisteis concebida con la estola y manto brillantísimo de la justicia original y el criaros fué infundiros la gracia.

Con el armonioso paralelismo del idioma hebreo, continúa el cantar: «Me vistió vestido de salud y me rodeó con manto de justicia», expresiva imagen oriental que denota como la gracia que justifica, enteramente abraza y rodea, por decirlo así, todo el hombre y cada una de sus potencias; y con mucha mayor plenitud penetraría el alma de Nuestra Señora y redundaría en su cuerpo virginal. Y si por salud entendemos con San Jerónimo la causa de nuestra salud, ó sea Jesucristo, decir que Dios vistió a nuestra Madre con vestido de salud es tanto como decir que la vistió de Cristo. Atrevido modo de hablar, por cierto, pero usado también por San Pablo, cuando exhorta a los Romanos a que se revistan de Jesucristo, esto es: que se empenen de su espíritu y se transformen en él. «El por imitación y por amor. Pues si está así, ¿a quién conviene él? mejor que a la Purísima Madre de Jesús, a la cual su divino Hijo la llenó de su espíritu, y la colmó de sus dones y la atavió con sus virtudes y la penetró de sus afectos, y la favoreció con sus méritos redimiéndola con modo singular y preservativo, y la incorporó a sí en cierto grado al querer que de su sangre virginal se formase aquel Cuerpo, al cual se había de unir el Verbo Divino?»

Razón tenéis, pues, Soberana Señora, para regocijaros en este día. Arrebatad nuestros ojos hacia Vos para que os contemplemos radiante de felicidad y de belleza, como una desposada embellecida con el niveo velo de sus bodas, y adornada con sus más preciosas joyas, con sus collares y brazaletes y su

regia diadema ¡atólicol si en una familia los hijos ven alegre a su Madre, eso les basta para despedir cualquier asama de tristeza. No faltan, es verdad, motivos de pena para un amante de la Inmaculada, al ver la guerra que a Cristo y a María mueve el infierno en nuestra misma patria; pero alcemos los ojos al trono de gloria de nuestra Madre, y al verla hoy inundada de gozo, sin que sean poderosos todos los males juntos para quitarle ni una gotita de su dicha, aprendamos que es privilegio y premio de la inocencia y la virtud conservar su paz y alegrarse en el Señor en medio del odio de los impíos.

ARTURO M.ª CAYUELA S. J.



MARIA INMACULADA

DICEN muy acertadamente los teólogos, que de todos los elogios de esta criatura sobre toda criatura pueden hacerse, se hallan encerrados en esta sola frase: «Es madre de Dios». Frase que aún interpretada en la forma más humana en que puede explicarse, resulta de una fecundidad y grandeza tan asombrosas que la mente humana es imposible llegar a comprenderla en toda su amplitud y extensión.

En efecto: el Hijo de Dios hecho Hombre, si en todo había de ser semejante a nosotros, excepto en el pecado, si había de ser el más santo y perfecto entre los hijos de Adam, necesariamente había de sentir en sí una de las más nobles aspiraciones que pueda sentir el corazón de un buen hijo; la de tener una madre que, en cuanto ser pueda, sobrepujese en dotes de naturaleza y gracia a todas las madres. Y como Él era infinito en poder y sabiduría, todo lo aprovechó en beneficio de su madre, hasta vaciar en el molde de aquella obra maestra todos los tesoros inmensos de su omnipotencia. Y como Él es Rey de los cielos y de la tierra, soberano Señor de los ángeles y de los hombres, no se contentó con menos que con hacer también a su Madre Reina y Soberana de todo lo creado, ante la cual debían como vasallos la rodilla, desde el primer instante de su Concepción Inmaculada, todas las potestades de los Cielos, de la tierra y de los abismos.

María es tan Reina y Soberana por gracia, como Jesús es Rey y Soberano por naturaleza. Sencillamente dice San Lorenzo Justiniano: «La potestad del Hijo y de la Madre fué hecha omnipotente por el Hijo omnipotente.» Por eso aparece tan hermosa para el mundo cristiano la fiesta de María Inmaculada. Es la fiesta por excelencia de nuestra naturaleza caída, levantada como del polvo de la tierra, y ensalzada hasta las inconmensurables regiones de lo infinito en la persona de nuestra Madre, la dulcísima Virgen María: la cual se halla junto al trono del Altísimo como representación de toda la familia humana y dispuesta siempre a hacer valer en favor nuestro el inmenso ascendiente de que goza como Reina inmenso tal de los cielos.

Sobre todo esa fiesta es por excelencia la fiesta de la España Católica. Si todas las naciones han rivalizado en entusiasmo hacia este singularísimo privilegio de María, nadie ha disputado a España la palma de la victoria en este certamen universal de amor. El mismo Pío IX al exteriorizar en soberbio monumento la gloria de María proclamada Purísima e Inmaculada a la faz del mundo conmovido de júbilo, no encontró lugar más propio ni en que con más derecho debiera levantarse aquel monumento en la Ciudad Eterna que la Plaza llamada de España, por hallarse enfrente de la Legación española.

¡Qué coincidencias tan admirables nos ofrece la sucesión de los acontecimientos dirigidos y gobernados por la divina providencia! El más glorioso de los tronos en que se veneró María desde los tiempos más remotos, es el Santo Pilar de Zaragoza en España: el más augusto y solemne monumento dedicado a María por las actuales generaciones es el arrogante Pilar de Roma, donde se ostenta María Inmaculada en territorio también español.

FR. P. CORRÓ, O. S. A.

LAS TRES AVE-MARIAS A LA PURÍSIMA

ERA la víspera de la Concepción sin mancha de María del año 1855.

Fernando no podía conciliar el sueño aquella noche: al día siguiente, fiesta de la Inmaculada, se daba comienzo en su colegio a un hermoso octavario en honor de la Virgen, y a él le tocaba inaugurarla con la lectura de una poesía a la Madre de la Pureza; por esto no había más que repararla en su mente a fin de leerla con soltura y... siempre se le iba el hilo después de pronunciada la estrofa siguiente:

Peró ¿por qué, Madre mía,
Vierten lágrimas mis ojos?
¡Ay! ¿será porque algún día
La flor del alma entre abrojos
Perderá su lozanía...?

Volvió a repararla otra vez toda y siempre lo mismo, hasta que caíada su imaginación infantil, hacia por recordar la sala del Colegio que había visto adornar el día anterior, y ya se consideraba él delante de la hermosísima efigie de la Purísima recitándole los versos.

Eran más de las tres de la madrugada y aun permanecía mejor acostado, un brazo apoyado en la mesita de noche y el papel de la poesía en la otra mano; pero sin ganas de cerrar los ojos.

Y no era eso lo peor, sino que aquel mismo día, que empezaba ya despuntar, tenía preparada su familia una jira también en honor de la Inmaculada, y él debería asistir a dicho acto, como protagonista de la fiesta.

—¡Haz que no vaya a la jira, Madre mía! decía a la Virgen.

—La vela da sí, pero la jira nó, volvía a repetir, cuando él estuviera allí la madre de la inocencia escuchándole, cuando oyó que llamaban a la puerta.

—¡Ave María! dijo resueltamente.

—Sin pecado concebida, contestó una voz de fuera, añadiendo:

—Ya es hora, señorito.

—Ya voy, Crisóstom, repuso Fernando al criado, que era quien le había llamado.

Pasaron algunos momentos y el coche del padre de Fernandito, caminaba hacia la quinta. Llegados a ella, se organizó una cacería para los hombres y una fiesta de música para las mujeres, y todos fueron desfilando cada uno a su diversión, menos Fernando que se quedó solo en la terraza, pasando de uno a otro lado con la poesía en la mano. Le fastidiaba a él tanto esas recitaciones donde se veía rodeado de señoritas impertinentes, de cuyos labios había oído ya muchas veces palabras que sin saber por qué le hacían por narse encanado. Llegó la hora de la comida; siguió onse los brindis y los chistes y ocurrencias, hasta que dieron las cinco y todos se dispusieron a marchar al Colegio, según creía con toda su alma Fernandito; Pero así que estuvieron ocupados los asientos del ómnibus, ristóbal rustigó a los caballos y el coche arrancó de golpe el par que se entabló entre los viajeros un diálogo del cual el niño no pudo darse cuenta hasta más tarde.

II.

Ha transcurrido medio siglo; y al anochece del día ocho de Diciembre del año 1904, la fachada principal del hermoso Colegio de los PP. Jesuitas se hallaba ricamente adornada con luminarias y gallardetes: un largo cordón de carruajes se extendía ante ella y le prestaba nuevo orrato y magnificencia: la puerta principal que daba acceso al interior de un gran patio, estaba de par en par, y un verdadero hormiguero de gente desfilaba en alegre y animosa confusión por entre guirnaldas de flores, balaustradas de mármol y pasamanos de terciopelo.

De pronto se vio venir por la calle una berlina que hizo estación ante la puerta de la Iglesia: entró por ella la persona que allí se había apeado y mientras oraba brevemente ante el Santísimo, se hacían desde los balcones del salón, estas preguntas: «¿Quién será? ¿Quién será?», hasta que la voz de «¡un fraile! ¡un fraile!...» corrió por el inmenso grupo de invitados, produciendo un sordo murmullo, que cesó al sonar la voz de P. Rector diciéndose: «Si fiore, tengo el gusto de presentaros al Ilmo. P. Fernando, Obispo de Eritópolis, dignísimo hijo de San Francisco, y Presidente de esta fiesta por delegación del Prelado, que se encuentra imposibilitado para asistir.»

—¡Bien venido! ¡bien venido!, se dijo unánimemente, y un estruendoso aplauso sonó por los ámbitos del salón, que vino a confundirse y a apagar e con los recuerdos de la orquesta.

Se oyeron después discursos y poemas, sonaron otra vez escogidas piezas y para finalizar el acto, después de un precioso drama representado por niños del Colegio, habíase indicado en el programa la lectura de una poesía pseudónima, que con el título: «Mi primera inspiración» había publicado una revista de la localidad, acto que había sido escogido de intento por los Pa-

dres, no por la inspiración que encerraba, sino para que el sentimiento que en sí contenía se grabase en el corazón de aquellas almas angelicales.

Una de esas tiernas criaturas, que apenas contaba diez años, fué el agraciado declamante, que vestido de blanco sobre el estrado celeste, y tomando ademanes de pequeño Demósteles, empezó a decir...

LA INMACULADA!

Himno sublime y sin par,
Gemelo de tu grandeza,
Virgen, hoy quise entonar,
Al respirar la pureza!
Que fluye cabe tu altar.
Y al ver mi pobre sentir
Y al ver mi rudo pensar
¡Ay, Madre! me eché a llorar,
Y tuve que desistir,
Por no saber cantar.
¿Cantar? ¿ser yo tu cantor?
¿Quién soñó tan gran locura?
Tú eres Madre del Creador
Y yo débil criatura
Que está todavía en flor.
¿Qué canción podrás oír
De labios de un pobre niño
Que aun no sabe balbucir,
Ni te acertará a decir
Una expresión de cariño?
Pero, ¿cómo renunciar
A cantarte, Madre mía?
Déjame depositar
En las gradas de tu altar
Esta humilde poesía.
Oye esta pobre canción,
Con que pretendo ensalzarte,
Y, si es es baja a dición
Perdona, no sé cantarte
Más que con el corazón....

De pronto se oyó una salva de aplausos! algunas lágrimas se veían rodar silenciosamente por los rostros, y el niño prosiguió...

Eres, oh Virgen Sagrada,
La flor de toda pureza,
Flor de otra flor germinada
¡Flor purísima brotada
Entre la humana maleza!
¿Qué es la mas grata armonía,
Qué del mundo la belleza,
Qué del cielo la alegría,
Comparadas, Madre mía,
Con tu original pureza?
¿Qué son los puros cristales
De las fontanas serenas,
Y la miel de los panis
Labrados en las colmeas?
Ocultas entre mimbrales?
Sólo en un pliegue del manto
Escondes tú, Virgen pia,
Cuanto de puro y de santo,
Cuanto de amor y poesía
Tiene este amor de quebranto.
Pero, ¿por qué, Madre mía,
Vierten lágrimas mis ojos?
¡Ah! ¿Será porque algún día
La flor del alma entre abrojos
Perderá su lozanía...?
¡Ay! que dicen ser la vida
Camino todo erizado
De zarzas que abren herida
Que nadie ha cicatrizado,
Sino Tú, Madre querida!
Yo un niño que nada sé,
De paso incierto, inseguro...
Virgen, dime: ¿a dónde iré,
Que no resbale mi pie.
En el lodazal impuro?
Oyeme, Madre que ida!
Bajo tu mano me amparo,
Que es mi protección y egida;
Alúmbra me como faro
En los mares de la vida.
Que si a mi madre perdí,
Apenas vine a ser niño,
Oh, Madre, hoy encuentro en tí
Un tesoro de cariño,
Como en nadie jamás ví.
Madre, si de tu ternera
Es digna mi juventud,
Haz que adornen mi cabeza
El brillo de tu virtud
Y el nimbo de tu pureza.

¡El nimbo de tu pureza! fué repitiendo el eco por todo el salón, hasta que lo apagó la voz del Presidente que pronunciaba con pausa, gravedad y emoción santa la última estrofa, variándola de esta suerte:

Virgen, si de tu grandeza,
Es digna esa juventud,
Haz que adornen su cabeza
El brillo de tu virtud
Y el nimbo de tu Pureza....

El nimbo de tu Pureza... volvió a repetir el eco, apagándolo de nuevo la misma voz, que proseguía diciendo:

—No creáis atrevimiento el haber corregido la última estrofa de la poesía que acabáis de oír: soy su autor... Una expresión de asombro se pintó en el semblante de todos y un aplauso univesal llenó de nuevo el salón; y, cuando hubo terminado, prosiguió el prelado benemérito:

—Ingenuosamente os confieso que no traía preparado discurso de clausura para la velada; y ese inocente y simpático niño me ha dado base para hacerlo; prestadme, pues, atención y permitidme que os diga que vais a ser benévolos, aunque no quisierais serlo.

Cuando hubo terminado estas palabras, el ruido de un alfiler que hubiese caído sobre el pavimento se hubiese percibido; tal era la atención que había despertado en su auditorio aquel bendito fraile.

Al cabo de una pequeña pausa, se enjugó dos gruesas lágrimas que discurrían por sus mejillas y prosiguió...

—Corría el año 1854, año felicísimo para la Iglesia, en que el inmortal Pío IX acababa de declarar dogma de fe el misterio de la Inmaculada Concepción de María en su misma fiesta 8 de Diciembre; y en este mismo día, del año siguiente, era un verdadero enjambre de fiestas las que se habían preparado para solemnizar tan fausto acontecimiento. En esta misma ciudad y en este mismo Colegio se inauguraba un octavario en honor de la Virgen como el presente; y a un alumno entonces de este Colegio bendito, que contaría la misma edad de nuestro pequeño declamante, se confió el encargo de leer esa misma oda, primer fruto de sus estudios de poética —Y después de entrecortar el relato con un corto sollozo, prosiguió:—Era la víspera de la fiesta por la noche y no podía aquel niño conciliar el sueño, pensando en dicho acto; pero el día de la Inmaculada se organizó una jira en su casa de campo, y algo que el niño vió y oyó entonces, fué inoculando poco a poco en su alma, a pesar de su aversión a ello, el maldito virus de la impiedad. Por la tarde volvieron a casa; y cuando el niño sentado nuevamente en el coche esperaba llegar pronto al Colegio, vé que hace estación de repente ante el teatro. Todas las energías de su alma infantil se revolvieron entonces dentro de su pecho; pero se concretó a preguntar lloroso y cariacontecido a una de sus hermanas:—¿No ves que vamos a llegar muy tarde? Papá manda esto, y hay que obedecer, fué la contestación que le dieron.

El pequeño entró en el teatro a empujones y protestando de la violencia que se le hacía; mas apesar de todo, concluyó por agradecerle la escena y volvió muchas veces allí. Su padre recogió más tarde los frutos amarguissimos de la mala semilla que sembró aquel día en el corazón de su hijo.

No quiero perder tiempo en la triste narración de su vida; sólo os contaré, para terminar, cual fué la causa de su conversión.

Observaba el joven la santa costumbre enseñada por su madre, de rezar antes de acostarse por la noche y al levantarse por la mañana, tres Ave-Marias a la Inmaculada, pidiéndole, cuando era inocente, que custodiase su pureza; y cuando pecador, que lo sacase del lodazal de la culpa; devoción que en medio de su vida disipada nunca dejó de rezar. Y la Virgen, que es Pastora amante de nuestras almas, llamó un día con silbos amorosos a esa oveja descarriada; y tal día como hoy la llevó a su aprisco por medio de una confesión santa y una conversión sincera; y al año siguiente, el día de su Concepción sin mancha, vistió el hábito de Capuchino; y algunos años más tarde, el mismo día de la Purísima, se ordenaba de sacerdote, y poco después lo consagraron Obispo el mismo día de la Inmaculada. Y aquel niño, aquel joven extraviado, aquel Capuch no, favorecido por la Virgen, aquel sacerdote y aquel Obispo, es el mismo que os dirige la palabra: ¡soy yo! yo, que con lágrimas en los ojos os pido a vosotros, madres de familia, que inculquéis en el corazón de vuestros hijos la devoción de las tres Ave-Marias a la Purísima; y a vosotros, amados niños, que no dejéis de rezarlas; porque si sois inocentes, Ella custodiará vuestra pureza, y si os extraviáis en los senderos de la vida, Ella, como Pastora amorosa, os buscará y os conducirá por los caminos de la virtud a la patria celestial.

Cuando el Padre terminó su discurso, las lágrimas brotaron de todos los ojos. Una salva estrépita de aplausos y vivas llenó el espacio, confundiendo con los primeros acordes del himno final a la Concepción entonado por los niños del Colegio; y cuando abajo en la calle empezaban a crujir los muelles de los carruajes y a sonar los cacos de los aballos que arrinaban a correr, todavía veíanse en el salón, a la débil penumbra de dos velas que se habían dejado encendidas a la Virgen, grupos de inocentes niños arroillados, y también no pocas personas de edad que murmuraban entre tierros y tranquilos sollozos, salidos de lo más hondo del alma, las tres Ave-Marias a la Purísima....

Fray Dimas el Peregrino.



BENDITA Y ALABADA SEA LA CONCEPCIÓN PURÍSIMA DE LA VIRGEN MARIA

BENDITA Y ALABADA SEA LA CONCEPCIÓN PURÍSIMA DE LA VIRGEN MARIA

